

LA ORQUESTA SINFONICA

LOS días empiezan a ser fríos y amarillos. El color dorado del otoño va desapareciendo poco a poco. Parece que este año el otoño será breve. Neblinas azules sobre los cerros de Peñalolén, mañanas grises; a las seis de la tarde es ya de noche y las personas andan ya a esa hora entre las dos corridas de luces, no entre dos filas de cirios globales. Han aparecido ya los retodos, esas ridículas prendas de vestir, que convierten al hombre en un fantasma sin líneas o en un paquete sin gracia.

Viene la época de la vida íntima, la estación en que el hombre vive más, porque piensa más y sus actividades sociales, deportivas o simplemente ambulatorias, se restringen debido al frío y a la lluvia, reduciéndolo a pequeño círculo o aislamiento.

Muchos se refugian en su casa. ¡Adiós los atardeceres del Santa Lucía o del San Cristóbal, los paseos tranquilos por Macul o Los Leones! El viento sopla por esas avenidas, devolviendo a su casa a los paseantes. Los libros, los cines, el teatro, reemplazan insuficientemente los placeres sencillos del otoño. Felices aquellos que saben hacer música o que pueden oír ejecutarla a un amigo. La música es para el invierno lo que la dulzura es para la fruta. Un invierno sin música, es, para los que aman la música y el invierno, como un durazno aguachento y desabrido.

En nombre de todos ellos, en nombre de los que aman la música y no saben hacerla ni tienen quién se las haga, en nombre de los que no se satisfacen con la mediocre producción cinematográfica ni con las victrolas, en nombre de los aburridos del bataclán y los hastiados de la producción teatral chilena, el cronista pregunta:

¿No sería posible que en este invierno se organizara en Santiago la Orquesta Sinfónica, que en años pasados ofreció al público tan hermosas audiciones? ¿No podría el maestro Carvajal, que fué director de esa Orquesta y que es hoy Director del Conservatorio de Música, hacer revivir esas maravillosas tardes del año 26? ¿O aquellas dos o tres únicas audiciones populares del teatro Esmeralda, el año pasado, donde se reunieron los gitanos de Rimsky-Korsawov, con los huasos de Humberto Allende?

Santiago necesita esa Orquesta Sinfónica. No es posible que todo se lo lleven los chistes y la música de segunda mano de las revistas o las astrakanadas del teatro peninsular.

Un músico chileno se quejaba de la falta de cultura musical de los literatos chilenos, y tenía razón. Pero al paso que vamos, y si los músicos no hacen nada por formar un ambiente musical, llegaremos a la indigencia más absoluta. ¿No lo cree usted así, maestro Carvajal?